

No se requieren ejemplos para ilustrar cómo los defectos de inteligencia obstruyen todos los elementos del buen gobierno. El gobierno consiste en actos realizados por seres humanos; y si quienes realizan esos actos, o quienes eligen a dichos agentes, o aquellos a los que los agentes deben rendir responsabilidad, o los observadores cuya opinión debería influir o ejercer algún control sobre todos los otros, son simples masas de ignorancia, de estupidez de funesto prejuicio, todas las funciones de gobierno irán mal. Y a la inversa: el gobierno mejorará de calidad en la medida en que los hombres suban de nivel; y así se llegará a un punto de excelencia (alcanzable, pero no alcanzado todavía en ningún lugar), en el que los oficiales del gobierno, personas de intelecto y virtud superiores, se rodeen de un ambiente presidido por una opinión pública virtuosa e ilustrada.

Por lo tanto, al ser el primer elemento del buen gobierno la virtud e inteligencia de los seres humanos que integran la comunidad, el punto de excelencia más importante que puede poseer cualquier forma de gobierno es promover la virtud e inteligencia del pueblo mismo. La primera cuestión respecto a las instituciones, sean éstas las que fueren, es la que pregunta hasta qué extremo tiende a fomentar entre los miembros de la comunidad las varias cualidades deseables, tanto morales como intelectuales... El gobierno que mejor haga esto tendrá todas las probabilidades de ser también el mejor en todos los demás respectos, pues es de estas cualidades, en la medida en que existen en el pueblo, de donde depende toda posibilidad de excelencia en las operaciones prácticas del gobierno.

Podemos, pues, considerar como criterio para determinar la bondad de un gobierno, el grado en que tienda a incrementar la suma de buenas cualidades en los gobernados, colectiva e individualmente...

(Stuart Mill. Consideraciones sobre el gobierno representativo. Capt. 2. El criterio para escoger una buena forma de gobierno)